

tera; reivindicó para el Ateneo la primacía en solicitar el apoyo clamoroso de la opinión en pro de la exigencia de responsabilidades por el desastre de África; dió de lanzadas a los moros muertos de los últimos gobiernos, y encomendó más a la piedad de Marte vencedor que al heroísmo de Minerva la guarda de la libertad de su cátedra.

Después el presidente habló para alusiones. Que no otra cosa fué la lectura de un discurso sobre la Agonía del Príncipe de la Paz, en el que so capa de hacer historia, se señalan los errores de más bulto sobre que se fraguarán la Memoria del secretario y el Discurso del presidente del Ateneo de Madrid en la apertura del curso de 2023 a 2024, en el siglo XXI.

El público, numerosísimo, aplaudió al presidente, sin que la cortesía y el agrado franquearan las lindes de la corrección académica en alas del entusiasmo.

Al día siguiente don Angel Ossorio y Gallardo presidió un mitin del Partido Social Popular, en que milita, encaminado a proponer al Directorio determinadas orientaciones de Gobierno.

## EL IV SALON DE OTOÑO

LOS ORGANIZADORES

La Asociación de Pintores y Escultores, oscura colectividad artística de Madrid, no por oscura con frecuencia menos sensible, ha abierto—en vez de atrancar y echar doble cerrojo—las puertas de su IV Salón de Otoño.

El Salón, digámoslo pronto y claro, es deplorable. Hay tales o cuales obras discretas, alguna como la de Solana espléndida. Pero el conjunto resulta una desdicha. ¿Falta de artistas? ¿Escasez de producción? ¿Falta de entusiasmo? Sí. Pero además incompetencia y ausencia completa de buen sentido por parte de los organizadores.

Los elementos de mesocracia artística que componen la Asociación de Pintores y Escultores se hallan, sin duda, más capacitados para el cultivo de una labor personal modesta y honrada, que para la realización de grandes iniciativas.

Organizar un espectáculo estético de categoría, requiere inteligencia además de buena intención. De lo contrario, sólo se va al fracaso, como acaban de demostrar los directivos de la mencionada Sociedad, que desde hace algún tiempo no sale a la luz pública sino para equivocarse lamentablemente o para desnaturalizar cualquier idea feliz.

La idea fundadora del Salón de Otoño fué buena. Su objeto de ensanchar la esfera harto reducida y mercenaria en que se mueven las Exposiciones nacionales. De ofrecer un campo de lucha neutral a los artistas independientes, ajenos a las medallas y diplomas del Estado. De atraer a las Escuelas u orientaciones heterodoxas y audaces—siempre que existan claro está, porque si no existen es inútil pretender suplirlas con ficciones grotescas—. De encender en lucha y celo la atmósfera gris de nuestra vida artística, era inmejorable. Pero para conseguir tan dilatada finalidad era preciso una cierta cosa que se llama criterio. Criterio fino, amplio y sobre todo flexible. Es decir, fácilmente adaptable a cada situación y a cada otoño.

Este criterio nunca debió de salirse de las siguientes normas que le iniciaron; si hay obra exuberante y buena, *colgarlo* todo, aunque entre ella se deslicen los inevitables monigotes. Si la obra es floja, seleccionar mucho y no exponer más que media docena de cuadros, a ser preciso, pero calificados, considerables. Si en último término no hay ni obras, ni orientaciones, ni personalidades, ni la imprescindible *tensión espiritual*, ni nada que merezca la pena, no abrir el Salón. Dejar que salga sólo el otoño sin la carga azarosa de su Salón a cuestas.

Todo menos empeñarse en hacer la Exposición salga como saliere: manifestación limpia de arte o saldo de inepticias como la presente, lanzando de paso por la borda algo que una vez perdido no se recobra jamás: el prestigio. Porque no basta que entre la innúmera colección de obras haya ocho o diez estimables. Es necesario que el conjunto resulte armónico. Que la balumba de lo infeliz no oscurezca y anule lo poco bueno que a su lado exista.

Con el procedimiento seguido hasta ahora, los Salones de Otoño morirán por consunción. Los «consagrados» no presentarán (como ya lo hacen), temerosos del vacío y de la vecindad. Los nuevos tampoco, por no quedar deshonrados antes que nacidos. Y entonces, ¿quiénes van a acudir al actual certamen del Retiro? Únicamente los tullidos y reservistas—algunos tan copiosa como injustamente medallados—que se acurruca en el seno de la borreguil Asociación de Pintores y Escultores.

SOLANA

Ya en otras ocasiones hemos hablado de este gran pintor. No hace mucho había que presentarle. Hoy, ya bien presente, no exige más que volver sobre su obra, síntesis en estilo, pensamiento y técnica de una forma de conciencia nacional interesantísima y de un período muy notable en nuestra historia contemporánea. El que marca la fusión de los siglos XIX y XX. Los fines de aquél y los principios de éste. El XIX, con su acarreo de pintura de historia, de género y de caballete, ya medio difuntas, y el XX, que recoge sus restos y los trasfunde en el naturalismo. Claro que disueltos los más de estos elementos en la gran corriente del impresionismo español, no habían de aprovecharse de ellos los que por aquélla eran impulsados. Habían de retenerlos y asimilarlos, cada uno con arreglo a su temperamento, los autores que se mantuvieron al margen de la influencia extranjera. Entre estos estaba Solana. Aunque parezca mentira, dada la obra grande, enérgica y amplia de Solana, tan contraria a las menudencias y florituras de la pintura de género, esta afluye y sedimenta en los orígenes de su arte. Después, siguiendo la expansión natural de su fuerte temperamento, ese estímulo inmediato y los más lejanos del costumbrismo, el clasicismo religioso, la imaginería y aún la academia, se han vaciado en un molde personal y único. Ha partido de lo común para llegar a lo distinto.

En cuanto a vicisitudes profesionales, el pintor ha pasado por los estadios que recorren casi todos los grandes artistas que en el mundo han sido. Primero el desconocimiento y el desdén de los compadres del corro y de las gentes de fuera. Luego, el acatamiento de una pequeña élite, compuesta de escritores en su mayoría. Por fin, el aplauso general, no sin regañadientes y distingos de los eternos canonistas. Culmina esta especie de consagración en la primera medalla que le fué otorgada en la Exposición Nacional pasada.

Los cuadros de Solana son, sin embargo, tan reacios al